XXVII

—Como le iba contando hija. Una noche andaba solo caminando por el monte rumbo al pueblo. Me había pasado unos días en la montaña cazando iguanas y ya venía de vuelta muy cansado con dos sacos llenos. Había estado lloviendo todo el día y el camino estaba lleno de un lodo que daba casi hasta el tobillo. Y allí, en medio del sendero lo encontré. Era un ataúd negro que parecía estar flotando en el charco de agua en medio del camino. Enseguida me di cuenta que se trataba de un asunto de brujería.-

—Cómo se dio cuenta abuelito? —lo interrumpió con los ojos brillantes de interés.

—Bueno hijita, es que solamente los ataúdes de las brujas llevan dos velas; una a la cabecera y la otra a los pies y éste tenía las dos velas negras encendidas colocadas en el borde del cajón. Me acerqué con cuidado para ver si había alguien dentro del ataúd y efectivamente allí reposaba una mujer boca abajo que

parecía estar muerta o en trance porque cuando la toqué estaba tesa y fría como una estatua. Por más que traté no pude verle la cara porque la tenía cubierta con una máscara de tela roja.

—Ay abuelo. . .! ¿No tenías miedo? —

—Claro que sí tenía miedo pero para darme ánimo recitaba el Padre Nuestro en voz alta y apretaba el escapulario que tengo colgado en el cuello. Las brujas se ponen en trance para comunicarse con el demonio y así poder hacerles maldades a la gente. Con mi cuchillo de monte le hice una cortada en cruz bien profunda en la planta del pie izquierdo y ni siquiera sangró...!

—¿Y por qué le hiciste éso a la bruja abuelito?—

—Porque así al día siguiente, ella tendría que venir a pedirme sal o nunca más podría caminar con el pie de la cortada y de esa manera yo me iba a enterar quién era la persona del pueblo que andaba en contubernios con Satanás. Después que la corté, sentí como un viento frío a mi alrededor y me dio tal susto que no paré de correr hasta llegar al pueblo y lo peor de todo fue que se me quedó en el camino los sacos en donde cargaba las iguanas. .—

Se quedó silencioso fumando su pipa. Impaciente por oír el resto de la historia la niña le preguntó:

— Y qué pasó después abuelo, la volvió a ver? —

—Bueno hija, al día siguiente me levanté muy temprano y me instalé a esperarla sentado en una mecedora en el portal de mi casa. Cerca del mediodía la vi venir rengueando por el medio de la calle. Me asombré mucho al notar que se trataba de la señora Agripina, esposa de un compadre mío, mujer a la que todos teníamos por muy piadosa. Se me fue acercando y me dijo que le diera un puñado de sal. Para estar seguro de que era ella yo me hice el tonto y le contesté:

—En la tienda del chino venden sal doña Agripina. ¿Por qué me la pide usted a mí? —

—Don Manuel, por caridad déme usted sal. —volvió a insistir mirándome con ojos que parecían brasas. —Entonces yo le dije:

—Levante el pie izquierdo; quiero ver mi marca. —No tuvo más remedio que obedecerme porque la tenía presa con la cruz. Cuando estuve seguro, le entré a rebencazos con un rejo de doble cuero hasta que se arrodilló pidiendo misericordia y allí mismo la hice rezar cien Ave Marías hasta que el demonio no pudo más y abandonó su cuerpo. Si lo hubieras visto hijita; se fue babeando de rabia en forma de perro negro rodeado de una nube de azufre que cubrió al pueblo por más de tres días.

La mujer había entrado silenciosamente en la habitación en donde el viejo y la niña se encontraban y había escuchado la última parte de la narración sin que ninguno de los dos se percatara de su presencia. Moviendo la cabeza en señal de reprobación se acercó y le dijo al viejo:

—Papá, ya le he pedido varias veces que se deje de echarle esas historias de brujas y duendes a la niña. Después se pone nerviosa y no quiere dormir sola en su cuarto. Vete a acostar Carmencita. Quiero conversar con tu abuelo a solas. Obediente la chiquilla se levantó y abrazando al viejo le dijo

—Abuelito, mañana me cuentas otra vez cómo fue que el tiburón se tragó al tío Nicolás.

Sí hijita. Váyase a dormir. Mañana será otro día. Buenas noches y que Dios la bendiga.

Se quedaron solos. La mujer, con gestos nerviosos, encendió un cigarrillo mientras que el viejo en silencio echaba espesas bocanadas de humo negro por la pipa.

Papá ¿qué significa esa historia que apareció hoy en el periódico acerca de usted? —

—¿A qué historia se refiere Carmen Eugenia? —

—No se haga el inocente, papá; usted sabe bien a qué me refiero. . . Cuando llegué a la oficina todos estaban esperándome para enseñarme su retrato en el periódico y los titulares. . ."Patriarca liberal construye su propio ataúd. . .." !Qué vergüenza! —

- No creí que el reportero que fue a Chumico se interesaría por esas cosas. Yo le había estado mostrando la iglesia y las otras ruinas españolas que nos quedan y cuando lo llevé a comer a la casa se dio cuenta del ataúd que tengo en el cuarto de atrás. Me preguntó qué hacía ese cajón allí y yo le conté la historia completa.

—Pero, de qué ataúd está hablando papá? —

—Del mío hija, del mio. Lo hice hace más de un año. Tengo barruntos de muerte y no quiero que me entierren en un saco como hacen en el pueblo con los muertos.-

—¿Se siente usted enfermo papá? — le preguntó la mujer algo preocupada.

—No hija; no estoy enfermo pero ya se acerca mi hora. Tengo setenta años y he vivido demasiado. Por lo menos quiero que me entierren decentemente. La mujer quedó mirándolo largamente. — ¡Las cosas que había que aguantarle a los viejos. . .!

— Está bien papá. Pero deje de contarle a la niña tantos embustes de brujas y guerras. Ella es muy impresionable y puede afectarse.

— ¡Ay Carmen Eugenia. ! ¡ Usted ya se ha olvidado de que nació en Chumico. . .

XXVIII

Ya entraba el mes de marzo y con él, las fiestas del Cristo para el día veinte. Ese año el pueblo esperaba ansiosamente la llegada del nuevo cura de San Miguel que venía a oficiar las ceremonias religiosas. Nadie sabía exactamente quién iba a venir. Al Padre Venancio lo habían jubilado por viejo y enfermo, aunque las malas lenguas decían que le había dado por pronunciar sermones en contra del Gobierno, y el Obispo se había visto en la penosa necesidad de reemplazarlo. Siendo Manuel Muñoz el Alcalde del pueblo, a él le tocaba organizar los festejos.

Se esperaban visitantes de San Miguel y hasta de Panamá que venían a pagar mandas al Cristo por milagros realizados. Todas las mujeres se dedicaban a arreglar con telas y encajes el anda en donde lo llevarían en procesión solemne. La iglesia era remozada despojándola de sus telarañas y murciélagos. Los niños también ayudaban restregando las baldosas hasta que brillaran otra vez. Las paredes habían sido blanqueadas con cal y las viejas

bancas reparadas cuidadosamente. Los hermosos días de luz y la brisa del verano llenaban a todos de entusiasmo y alegría. El cura llegó tres días antes de que comenzaran los festejos. Se trataba de un sacerdote oriundo de Pamplona que había llegado a América hacía unos cuantos años, dispuesto a salvar almas a como diera lugar. Alto, enjuto y malgenioso, a duras penas toleraba los deslices de sus feligreses en San Miguel. Había estado primero en el Perú y de allí lo habían trasladado a Colombia en donde sirvió en la ciudad de Cartagena y fue trasladado al Istmo de Panamá por ciertas desavenencias con el primado de Cartagena. Sus sermones estaban llenos de demonios y fuego eterno. La cara de su Dios era inmisericorde y severa.

La lujuria era su pecado favorito. Es decir, ese era el pecado con el que más se ensañaba durante sus interminables diatribas desde el púlpito. Pero a pesar de sus esfuerzos por salvar almas, Satanás siempre se atravesaba en su camino. El padre Irigoyen, pues así se llamaba nuestro sujeto, era de la opinión que las mujeres debían parir a sus hijos por obra y gracia del Espíritu Santo imitando la pureza de la Virgen María.

– Los pecados de la carne son la perdición de la humanidad, acostumbraba decir..

Por algo no gustaban de él en San Miguel. Al desembarcar en Chumico fue recibido por un comité, integrado en su mayoría por las beatas del pueblo y el Alcalde. Doña Matilde iba a la cabeza del grupo muy oronda por ser ella la Presidenta de las Hijas de María.

–Bienvenido a Chumico padre, –entonaron al unísono mientras Manuel lo ayudaba a bajarse de la panga, maleta en mano y la sotana enroscada en la cintura. En la playa los niños entonaban un himno que Carmen les había ensayado para la ocasión. Impaciente, porque muy poco le gustaban las ceremonias, el cura los saludó con desgano.

–Sí, sí, muchas gracias. Soy el Padre Ignacio Irigoyen, ¿Dónde está la Iglesia?–

Hacia allá se dirigieron sin terminar de escuchar el canto

que los niños desafinaban con entusiasmo. Al llegar, el cura miró a su alrededor con un gesto de desagrado. El Cristo, parado en su nicho decorado con flores de papel de crespón, lo contemplaba con ojos de martirio. Las beatas lo acompañaban cuchicheando entre sí pero sin atreverse a decir nada en voz alta al notar su brusquedad. Finalmente, Leonor comenzó a hablar rompiendo el nerviosismo del momento.

—Padre Irigoyen, estamos haciendo un programa para estos días que esperamos sea de su agrado. Quisiéramos comenzar cada mañana con una misa solemne a las siete seguida de bautizos y matrimonios. La procesión saldrá pasado mañana, comenzando a las cuatro de la tarde y el Señor Alcalde tiene otras diversiones programadas durante el día.

—¿Qué clase de diversiones? — preguntó el cura secamente.

—Bien, tendremos carreras de chingo en la bahía, palo encebao, carreras de los chiquillos en la playa y hasta un tamborito después de la procesión.

Palo encebado, regatas, carreras. . . ¡ Pamplinas de salvajes— pensó el cura.

—¡No, no señora! Yo no he venido hasta aquí para ir a fiestas. He llegado a traerles la palabra de Dios y los santos sacramentos y aunque significa un gran sacrificio estoy dispuesto a oír a todos los que me soliciten— añadió con mirada severa, dirigiendo su nariz aguileña al cielo como en busca de apoyo divino.

— ¡Ay Padre. . .! Usted no se imagina la gran cantidad de pecadores que hay en este pueblo— exclamó Doña Matilde con aire de castidad y espanto. La de gente que viven amancebados sin el beneficio de la bendición divina y la cantidad de mujeres que tienen hijos sin estar casadas. . .-se calló nerviosa al darse cuenta de la presencia de Manuel en el grupo.

Acabó abanicándose con la punta del paño que le cubría

modestamente la cabeza para distraer la atención de los que la escuchaban. Felicia alzó la voz en son de conciliación.

—Lo que ha sucedido en este pueblo es que no hemos tenido sacerdote por más de seis años y la gente no tenía facilidad para viajar a la capital o San Miguel, porque después de la guerra, el transporte ha sido muy limitado. Por eso es que la gente no se ha casado.

—Esas no son excusas válidas hija. El Señor nos dio el ejemplo del sacrificio personal y el pecado no tiene defensa alguna. Hay que hacer penitencia para obtener el perdón divino— le rebatió el cura, inexorable.

Irritado ante tanta intransigencia, Manuel se dirigió al grupo:

—Perdone padre, pero no podemos cancelar las festividades porque los niños están muy entusiasmados. Usted no tiene que participar en nada que no sea estrictamente ceremonia religiosa y me parece que es mejor que se quede en la iglesia rezando por los pecadores.

Se alejó con una sonrisa burlona en los labios sin esperar respuesta del cura que lo miraba indignado. Las Hijas de María nerviosas ante el cariz que había tomado la conversación, se esforzaban todas a la vez en desagraviar al Padre Irigoyen que por mucho que trató no pudo fulminar con su mirada a la figura de Manuel que se alejaba con paso firme. Llevaron al padre a la Sacristía en donde le habían improvisado una cama y una mesa para comer. Carmen se había comprometido a darle alimento durante los cuatro días que el cura iba a permanecer en el pueblo. Luego fueron saliendo una a una en silencio dejándolo solo con sus oraciones.

—Leonor¿ se dio cuenta usted de lo mal que huele el padre Irigoyen? —

—Tiene razón. ¡Qué tufo exhala esa sotana— dicen que por la Madre Patria no hay mucha agua y la gente se acostumbra a vivir

así. Todos estos españoles le tienen miedo al agua. Creo que vamos a tener problemas con este cura.

—¡Ave María Purísima! ¡No blasfeme usted! — escandalizada, Doña Matilde apresuró el paso para no oír más.

Esa tarde temprano comenzaron las confesiones. Las Hijas de María se habían encargado de empujar a la Iglesia a los feligreses que en largas filas esperaban pacientemente su turno.

—Acúsome padre de haber ofendido al Dios Todopoderoso.

—Dígame hija cuál es su pecado.

—He hablado muy mal de mis vecinas y a veces por envidia las he calumniado.

—Acúsome de haber sentido deseo carnal por un hombre casado. Pero no llegamos a pecar nada padre porque cuando finalmente logré encontrarme con él a solas en la playa, su mujer apareció de repente y no pudimos hacer nada.

—Usted tiene que resistir las tentaciones hija. En penitencia rece diez rosarios de rodilla y veinte Padrenuestros.

—Acúsome padre de haber fornicado. . .

—¿Cuántas veces hijo y con quién? Tiene que ser explícito para poder perdonarle su pecado. Tiene que darme bien todos los detalles. ¿Gozó con el acto? ¿Cuántas veces eyaculó? ¿Era la mujer virgen o era de otro? Los detalles son importantes ante los ojos de Dios.

Lujuria, blasfemias, mentiras, lujurias, desobediencias, hurtos, soberbia, lujuria, pereza, calumnias, gula, lujuria, avaricia, envidia, venganza, lujuria. El interminable rosario de los pecados de los chumiqueños desgranado en los oídos del padre Irigoyen! Lujuria y más lujuria. ..! Dentro del pequeño confesionario de madera el cura enfundado en la negra sotana casi sudaba sangre ante tanto pecado. En verdad, un confesor tan meticuloso como el

padre Irigoyen, era difícil de encontrar y sus penitencias se ajustaban siempre a la gravedad de la falta cometida.

–Y por dónde fue que le metió la mano a su novia hijo? Explíqueme bien su pecado para poder darle la absolución –seguía incansable.

Muchos quedaron de rodillas por horas tratando de ajustar cuentas con el Altísimo y su delegado en la tierra. Casi al anochecer, Carmen vino a buscarlo para que comiera algo. ¡ Un verdadero santo ese Padre! Tantas horas en el confesionario, sin quejarse ni flaquear, a pesar de la fatiga y el calor que debía sentir. Esa noche el pobre cura casi no pudo dormir. Cada vez que trataba de cerrar los ojos, sus pensamientos se poblaban de una interminable pesadilla poblada de mujeres desnudas que desfilaban ante sus ojos. Tentadores culos y tetas de todos tamaños pidiendo misericordia. Esas mujeres estaban tratando de involucrarlo en el pecado; de ello estaba seguro. Pero gracias a Dios, había podido resistir. Estaba escrito: Satanás nunca ceja en su empeño de corromper a los servidores del Señor. Su sermón de la mañana estuvo lleno de referencias a los pecados de la carne. Desde su asiento en primera fila, Doña Matilde titilaba cada vez que el cura mencionaba la CARNE....Su perorata la comenzó en forma calmada, tratando de dominar la ira divina que lo poseía pero poco a poco se fue alterando y acabó por atacar con toda su elocuencia a la impureza, el adulterio y la lujuria que imperaban en el pueblo. ¡Jamás fueron estos pecados atacados con más brío desde púlpito alguno! El padre Irigoyen estuvo realmente inspirado. Terminó el sermón con un resonante llamado.

– ¡Hermanos, arrepentíos antes de que sea demasiado tarde! El demonio anda suelto en este pueblo...!

Esa tarde bautizó a muchos niños entre los cuales se encontraba, Carmen Eugenia, sostenida por sus padrinos, Juancho y Felicia y también los dos hijos que Lastenia había tenido con Manuel. El cura, al darse cuenta de que los tres niños tenían el mismo padre, le dirigió una mirada aviesa de reprobación. Si el Alcalde del pueblo era culpable de tales faltas, qué podría esperarse del resto?

¡Un verdadero escándalo! Después llegó la hora de los matrimonios. Las parejas acudían a obtener la bendición divina, algunos con varios hijos y hasta hubo quien llegó arriando hijos y nietos a la ceremonia. Habían pasado muchos años desde que el último cura había pisado las playas de Chumico. Cuando llegó la negra Bernabela del brazo de Ah Sing a solicitar el santo sacramento, se hizo un silencio sepulcral en la iglesia. El cura no podía creer lo que veía Un infiel como el chino, nunca antes bautizado, budista o algo por el estilo y la exuberante negra vestida de tafetán carmesí con un generoso escote que dejaba a la vista todos sus encantos. ¡No! El no podría consumar tal sacrilegio.

¡El infierno entero andaba suelto en Chumico!.

gallinas se precipitan a devorarlos pasando unas por encima de las otras, levantando una gran nube de polvo y alborota con sus gritos a los macilentos perros que acuden también a disputarse las sobras con las aves.

Al ver a don Manuel, la vieja inclina el cuerpo por la ventana tratando de llamarle la atención a través del bullicio de perros y gallinas. Le grita con voz estridente pero el viejo sigue su camino sin hacerle caso. No estaba de humor para comadreos y a la vieja Agueda es difícil hacerla callar una vez que se entabla conversación con ella.

Apresurando el paso llega al final de la callejuela que desemboca en la plaza de la iglesia. La marea está alta y las olas se estrellan contra el muro que separa la playa de la plaza. Varios hombres esperan sentados en el muro y hacia ellos se dirige don Manuel. Al verlo llegar, todos se levantan quitándose el sombrero y casi al unísono lo saludan con un "buenos días," patrón.

— ¿Dónde está Jacinto? pregunta el viejo interrumpiendo los saludos.

- Pues mire Don Manuel, no lo hemos visto desde anoche. Estuvimos juntos en la cantina de Higinio y de allí salió con su mujer que llegó a buscarlo casi a media noche. El estaba bastante jumado y se fueron en medio de una gran discusión. A lo mejor todavía le dura la borrachera— le contesta un negro alto de pelo hirsuto y dientes de oro.

—No se preocupe patrón, nosotros podemos hacer el trabajo sin él — le dice otro. —La balandra sólo trae algunos víveres en sacos y cajetas y no creo que nos coja mucho tiempo descargarla.

—Resignado, Don Manuel asiente y juntos se dirigen hasta donde se encuentran varadas las pangas. En medio de la bahía se balancea una balandra pintada de rojo vivo que parece un inmenso pájaro flotando en el mar. Los hombres arrastran los botes hasta el agua y ágilmente se alejan remando contra de la embestida de las olas. Don Manuel sacando un pañuelo se limpia el sudor y el salitre

de la cara y pensativo va a sentarse sobre un barco abandonado boca abajo en la playa. Tiene varios días de sentirse mal, sin poder precisar qué le pasa. A ratos se siente poseído de una inmensa melancolía y está muy cansado aunque lleva semanas sin hacer nada.

—Debe ser que tengo cerca la muerte— piensa preocupado. Ya tengo sesenta y nueve años y es natural que me sienta cansado. Al primo Venancio lo enterraron la semana pasada y era más joven que yo. ¿Qué fue lo que nos dijo el Doctor en Panamá? Dicen que tenía algo malo en el estómago. El pobrecito no podía comer casi nada al final. ¡Y a él que tanto le gustó el aguardiente toda su vida! A lo mejor eso fue lo que le produjo el malestar que acabó de matarlo.

Hasta hace muy poco Don Manuel se había sentido fuerte, capaz de tener una mujer o dos. Bien sabe Dios la suerte que él tenía con las mujeres. Desde joven no le había sido difícil conquistarlas y había sido amado por muchas. ¿Cuántos hijos tiene? Entre todas suman más de quince y sesenta nietos. Casi ha perdido la cuenta. 'Todos fuertes y sanos" — piensa satisfecho. "Sobre todo los hijos de Carmen y de Isabel. Han salido todos tan inteligentes y varios se han graduado en la Universidad. Dos de las nietas están preñadas y pronto seré bisabuelo sin darme cuenta".

No puede explicarse porqué se siente así, pesaroso y con barruntos de muerte. Solamente ayer su comadre Rosa había comentado lo bien que Don Manuel se veía "Esta Rosa quiere guerra— piensa. Hace rato que anda revoloteando y con el cuento de que es mi comadre se hace la confianzuda. Está un poco barrigona pero todavía es una hembra galana. Quizás ella me quite el malestar. .

Se distrae contemplando a un grupo de chiquillos que bulliciosamente juega en las olas con una vieja pelota desinflada. Suspirando, se levanta y se dirige hacia la orilla donde puede ver mejor el movimiento de los botes que son cargados por los hombres que suben y bajan bultos de la balandra al compás de los violentos movimientos de la marea. La lluvia llega de repente, bañando su rostro. La camisa mojada se le pega a la espalda

produciéndole un escalofrío. A su lado llega corriendo un hombrecito, cholo, de rostro curtido por el sol, desnudo de la cintura para arriba. Jadeando, interrumpe la contemplación del viejo con un buenos días, perdone usted la demora Don Manuel, una excusa detrás de la otra en atropellada conversación sin esperar respuesta.

— ¡Cállese la boca Jacinto por Dios. . .! Ya el trabajo está hecho sin usted. ¿Dónde carajo estaba? Cada día va peor. . . —

El cholo baja la cabeza poniendo los ojos casi en blanco.

—Perdone Usted Don Manuel. Vengo tarde porque una de mis hijas está muy enferma. Quizás usted se acuerde de ella! Es la flaquita de trece años, la tercera que tuvimos Lala y yo.
Es la más estudiosa de mis hijos y ya casi termina el sexto grado. Está muy mal patrón. Lala no sabe qué hacer por ella; tiene mucha fiebre y se queja de dolor de barriga. Le han dado dos purgantes de sen con coco pero sólo obra sangre negra. La comadrona está con ella desde anoche pero cree que se va a morir. Por eso es que vengo tan atrasado Don Manuel. Usted sabe que yo siempre trato de cumplir con mi trabajo.

La lluvia casi ahoga las palabras de Jacinto. Con la cabeza inclinada permanece frente al viejo, lágrimas de desconsuelo brotan de sus ojos enrojecidos por el alcohol y la falta de sueño. Don Manuel vagamente recuerda la figura enjuta de la niña casi mujer, con los senitos apenas apuntando a través del vestido, el pelo lacio siempre amarrado detrás de la nuca con una tira de colores; la que tímidamente se asomaba por la puerta de la amplia cocina antes de las siete de la mañana trayendo el pan de huevo que su madre hornea todos los días.

Ya llegan a la playa las pangas con su carga de hombres y mercancía. A pesar de la marea se las arreglan para encallar como flechas en la arena mojada bajo el impulso poderoso de los remos. Sin decirle nada a Jacinto el viejo se acerca para ayudar a los marinos a arrastrar las pangas playa arriba lejos del embate de las olas. Cada uno se echa un bulto al hombro y se dirigen al pueblo en silencio bajo el aguacero que sigue cayendo cada vez con más

fuerza.

Esa noche, los gritos que salen de la casa de Jacinto pronto se oyen por todo Chumico. A Don Manuel le avisaron enseguida que la niña había muerto y que el velorio será en la casa de Higinio que era su padrino y tiene casa grande. Cuando el viejo llega, la tienen vestida con el trajecito blanco de la primera comunión.

disipa el sabor amargo de la noche en vela y los resabios del aguardiente. Bien temprano cuando ya la difunta tiene un hilillo de sangre negra en una esquina de la boca y la expresión de paz se convierte en un rictus de muerte, la cubren con una manta y envuelta en una lona gruesa que las mujeres habían cosido en forma de saco se la llevan al cementerio. Don Manuel sin moverse se queda sentado en el patio.

"'Pueblo este miserable en donde ni siquiera hay un cajón para enterrar a los muertos.— Sería mejor tirarlos al mar. Con tanta madera que hay en el monte. . .— "

—Compadre, no va a subir al cementerio? —

—No Rosa. Esa loma está muy empinada y me molesta la reuma. Además ya he visto demasiados entierros.

— ¡Ay Don Manuel! no hable usted así. Ni que estuviera tan viejo. A usted todavía le quedan muchos años por delante. Coqueta, la mujer lo halaga mientras él sigue rumiando sus pensamientos sin hacerle caso a todos esos mohines de dulzura. Lastenia llega a su lado ahuyentando a la comadre que se despide presurosa para irse caminando detrás del cortejo que se aleja. Cuesta arriba, marchan solemnes, llevando el cadáver en andas sobre una tabla.

—Manuel, usted no va al cementerio? —

—No: ya lo he dicho. No subo esa loma a no ser que sea cargado en hombros y muerto, — contesta malhumorado. Levantándose de su asiento deja a la mujer con la palabra en la boca y se va caminando rumbo a la playa, sombrero en mano.

" ¡Maldita sea . .! ¿Por qué estoy tan deprimido? He visto tantos muertos ¿qué más da uno más? Ya he cumplido con mi misión en la tierra y puedo morirme tranquilo. . ." Viejo hipócrita. . . ¡ Bien que le tiene miedo a la muerte. Bien que se da cuenta del terror que siente al imaginarse el ser enterrado bajo un montón de tierra. ¡Viejo hipócrita! Suspirando se dirige a la casa. Está cansado después de la noche en vela y necesita acostarse. Se tiende vestido sobre el amplio lecho, pero no puede conciliar el sueño. Cierra los

ojos y, sin querer, su mente evoca visiones que creía haber olvidado; la muerte implacable rondando su lecho. Se imagina muerto en el fondo de la fosa con la tierra encima de los ojos abiertos. Trata de sacudir los morbosos pensamientos rezando las simples oraciones que le enseñara su madre cuando niño pero lo único que logra es acordarse de la muerte de Juana. Hacía tanto tiempo que no pensaba en ella. La madre se había muerto allá por los años veinte, de un cólico miserere, cuando llegaba a los noventa años de edad. Por mucho que fija la mirada en sus recuerdos no logra verle la cara a Juana. Es una sombra difusa en sus pensamientos, un contorno que se va borrando. Igual que el recuerdo del hijo que había enterrado en el monte; él solito lo había llevado a orillas del río en aquel lugar tan bonito. Casi puede oler los jazmines que por allí crecen. ¡Pobre Carmen! ¡Cómo había sufrido la muerte del hijo! Tan enferma que estaba últimamente. Tendría que ir pronto a Panamá a visitarla pero ya le molesta el largo viaje por mar y Carmen Eugenia con sus intransigencias lo irritan bastante. Su único entretenimiento allá es la nieta Carmencita, siempre tan cariñosa y atenta; da gusto conversar con ella. La de historias que le había contado y ella siempre tan interesada. ¡ Pobrecita! tan entusiasmada que está por venir a Chumico y la mamá que no la deja. Carmen Eugenia habla del pueblo como si fuera el último lugar del mundo. Quizás, si él iba, ahora podría convencerla de que dejara a la niña pasarse el verano en el pueblo ya que la abuela está tan enferma. Animado por estos pensamientos acaba por dormirse suavemente.Despertó cuando estaba oscuro. Desde la quebrada sube la algarabía de los sapos que se aprestan a sus correrías nocturnas. Lastenia le toca el hombro tratando de despertarlo.

—Ya es casi de noche Manuel. Despierte usted. Se siente bien? Dígame se siente bien? No ha comido nada en todo el día, le pasa algo? —

—Ya voy— le contesta soñoliento. No me pasa nada. Sólo estaba cansado por el velorio.

—Es en ese momento que se da cuenta de lo que tiene que hacer y toma la decisión que afectará el resto de su vida y la de todo el pueblo.

XXX

Después de las elecciones del ocho, el Gobierno volvió a designar a Manuel como alcalde del pueblo. En ese nombramiento no hubo discusión ya que era el mejor candidato. Juancho lo respaldó con entusiasmo y hasta hablaba de postular a Manuel como candidato a representante de la Provincia. La verdad sea dicha, a Manuel no le interesaba la política fuera de Chumico. Ese era su pueblo y su gente y no tenía ningún deseo de alejarse de ellos. Prefería quedarse allí el resto de su vida como un simple ciudadano.

—Más vale ser cabeza de ratón que cola de león— solía decir en las reuniones de los importantes del pueblo. Además, en sus viajes a la capital, había observado la animosidad que existía entre las distintas facciones del partido liberal y no le interesaba quedar en medio de intereses tan opuestos. Había conseguido hacer las paces consigo mismo y vivía satisfecho con lo que tenía. No es que le faltara ambición al contrario. Cada día luchaba más por supe-

rarse y leía constantemente tratando de ampliar sus conocimientos. De cada viaje regresaba cargado de libros que luego saboreaba página por página.

Reorganizó el ciclo de los sembrados de río arriba para aprovechar las estaciones y así aumentar las cosechas. La experiencia obtenida en los dos años que pasó allá era valiosa. Además, hizo equitativo el sistema de distribución de los alimentos para evitar que los más fuertes se salieran con una porción mayor. En la alcaldía oficina improvisada en la salita de su casa, elaboró un horario para que los hombres se repartieran en forma adecuada el trabajo en el monte y en el mar y las mujeres ayudaran en la escuela y la cocina del sembrado. Llegó a fletar varios barcos para llevar a la capital la cosecha que Ah Sing no podía comprarles. Estableció un lucrativo comercio de maderas preciosas en el que participan casi todos los hombres del pueblo a pesar de las dificultades que encontraron al tratar de arrancarle a la selva sus riquezas. Fueron muchos los picados por las víboras y tantos otros que sucumbieron víctimas de las misteriosas dolencias que abundan en el trópico. Desde el noventa y seis habían tenido varios brotes de viruelas y fiebre amarilla que habían causado cierta alarma a los vecinos del pueblo pero las epidemias habían durado poco tiempo. En esos pueblos olvidados por el gobierno, la muerte llegaba arrogante sin pedirle permiso a nadie a llevarse a unos cuantos con el menor pretexto. Sólo los más fuertes sobrevivían los embates de la naturaleza.

Carmen había tenido otro hijo y felizmente, esta vez el niño nació en buenas condiciones y ella no tuvo problemas durante el parto. Al niño lo bautizaron con el nombre Francisco José como el padre de Manuel. En un pueblo tan pequeño como Chumico todos estaban enterados de los pormenores de la vida de cada uno de sus vecinos y se sabía que Lastenia quien ya tenía dos hijos, se encontraba nuevamente embarazada. Con dificultad, Manuel había dividido su vida entre las dos mujeres, para escándalo de las beatas que no cejaban en su empeño de mantener a Carmen informada de los pormenores de la vida de la otra mujer. Carmen aparentaba no saber nada y cuando alguien le traía historias del asunto, simplemente se negaba a escucharlos. Lastenia en las mañanas que él amanecía con ella para hacer alarde del hombre

que había dejado en su casa descansando se paseaba por el pueblo luciendo en la cabeza el sombrero de Manuel.

Fue por esa época que Amelio Recuero murió. El brujo salía poco de su casa y casi nadie había logrado consultarlo en los últimos meses. Preocupadas por su salud algunas mujeres intentaron llevarle comida pero el viejo se negó a abrirles la puerta. Cuando hacía más de diez días que no lo habían visto, Manuel, acompañado de varios curiosos, se dirigió a la choza de Amelio. En vano tocaron la puerta porque nadie contestaba.

—A lo mejor está en el monte recogiendo hierbas— dijo Juancho entre prudente y temeroso.

—Ya tiene muchos días que no sale— agregó Leonor— La última vez que yo lo vi se notaba decaído. Casi no podía hablar. Tenemos que averiguar qué le pasa.

Forzaron la puerta de la choza con facilidad. Lo encontraron muerto en su hamaca quién sabe desde cuánto tiempo. El cuerpo se había secado cual tasajo, pero olía a yerbabuena y albahaca. Cuando se acercaron a la hamaca, observaron espantados a dos culebras grandotas y gordas que dormían enroscadas en las cuerdas a los pies del viejo. Manuel las mató con su escopeta. Al brujo Amelio lo enterraron ese mismo día sin ceremonias envuelto en su hamaca y con las dos culebras a su lado. La casa la sellaron porque todos le tenían miedo al fantasma del viejo.

Años después, comenzaron a venerarlo como a un santo y sus reliquias se vendían a buen precio por toda la república como cura infalible contra del mal de ojo, la esterilidad y otras enfermedades. Muchos vieron al fantasma del viejo rondando la loma del cementerio cuidando celosamente la choza del brujo de Chumico.

Durante los novenarios que se celebraron en honor a su memoria, la única que lloró al viejo africano fue Bernabela. Amelio le había dado la medicina para tener el hijo que tanto había deseado.

— ¿De quién será esa barriga? — chismorreaban los mal pensados.

— ¡Pobre Ah Sing. . .! — virtuosas declamaban las beatas.

— ¿Quién habrá sido el afortunado?— comentaban los hombres en la cantina, entre trago y trago de aguardiente.

Porque ya en Chumico había una cantina. Los hombres necesitaban un lugar en donde poder descansar del duro bregar del día, lejos de las mujeres.

Allí se hablaba de política, de negocios y los últimos chismes del pueblo. La cantina era regentada por Agustina, la viuda de Pastor, que al quedarse sola estaba muy necesitada. La idea había sido de Manuel y Juancho después que hicieron un viaje a la capital, en donde habían notado la proliferación de este tipo de establecimiento por los alrededores del puerto y el mercado público.

Los chumiqueños, que no estaban acostumbrados a libar, comenzaron a frecuentar la cantina a todas horas. Los espectáculos vergonzosos que daban los borrachos dando tumbos por la playa al amanecer hicieron que algunos ciudadanos indignados elevaran sus quejas al alcalde.

Doña Matilde, a la cabeza de las Hijas de María, fue una de las que con mayor elocuencia se pronunció en contra del establecimiento. Pero a pesar de las protestas, la cantina permaneció abierta con el apoyo del alcalde y la mayoría de los hombres del pueblo. Necesitaban un lugar en donde reunirse informalmente lejos de las mujeres y la iglesia y por ello la cantina prosperó con Agustina y sus hijos detrás del mostrador día y noche.

Los indios de la montaña, que antes raras veces aparecían por el pueblo, comenzaron a llegar a menudo con objetos de valor para venderlos y luego quedarse tomando aguardiente de seguido hasta quedar borrachos tirados en cualquier esquina, meados de pies a cabeza. ¡Una verdadera ofensa a la moral pública.! Por lo menos, cuando los vecinos del pueblo se pasaban de

copas, eran arrastrados a sus hogares por sus sufridas mujeres. Manuel, con la autoridad que le prestaba su cargo, prohibió la venta de licor a los indígenas, medida que fue aplaudida por todos.

¡Sí! El progreso había llegado a Chumico. En una casa situada cerca de la Punta Pericos se instalaron dos mujeres procedentes de San Miguel. Allí, por unas cuantas monedas, los necesitados de desahogo físico podían compartir unos momentos de solaz con María de Gracia o Albertina Graciela, ambas amplias de carnes y ¿ por qué no decirlo? muy simpáticas y alegres. Atendían al público con amabilidad y hasta daban crédito a los más necesitados.

La cofradía de las Hijas de María se reunían a diario por esos días, indignadas ante la presencia de las meretrices en Chumico. Pero Manuel se mantuvo firme y rechazó las peticiones que le hicieron para que expulsara a las advenedizas del pueblo. El alcalde se daba cuenta de que cumplían una misión social imprescindible en una comunidad que deseaba prosperar. El establecimiento fue bautizado por algunos como La Casa de las Dos Gracias y así fue llamada por muchos años hasta después que Albertina Graciela y María de Gracia, ya viejas, habían regresado a San Miguel. Muchas otras mujeres pasaron por Las Dos Gracias, para solaz de los chumiqueños.

Por coincidencia Bernabela parió en un tres de Noviembre, en el séptimo aniversario de la declaración de independencia de la república. Ayudada por la comadrona y Carmen, la negra no tuvo dificultad alguna y la hermosa niña de cabello encrespado y ojos oblicuos que no dejaban lugar a dudas acerca de su paternidad, recibió el nombre de Panamá Sing, en honor de las fiestas patrias.

Por primera vez desde su llegada a Chumico hacía más de veinte años, el chino brindó una fiesta a sus vecinos al bautizar a la hija. El cura de San Miguel vino a oficiar la ceremonia religiosa comisionado por el chino. Los festejos duraron una semana entera y se comentó que ni la fiesta del Cristo era celebrada con tanta pompa. Los padrinos fueron Carmen y Manuel, a instancias de Bernabela que no olvidaba que la maestra le había brindado amistad cuando todo el pueblo le volteaba la espalda. Ah Sing

mandó a buscar un mago chino a la capital que hacía desaparecer pájaros y pañuelos de seda detrás de las orejas de los niños y se tragaba velas encendidas mientras sonreía enigmático. Mandó a decorar todo el pueblo con farolas que le daban a las calles un aspecto de fiesta nunca antes adquirido y hubiera colgado cintas de papel multicolor en la iglesia pero el cura se opuso a la idea por considerarla una herejía En el banquete participaron todos los vecinos del pueblo. El chino hizo adobar las treinta y dos gallinas finas que le compró a Leonor y de la capital mandó a buscar cinco puercos grandes que asaron en la playa en un inmenso fogón de piedra construido con ese objeto. Las mujeres hicieron dulces de pepitas de marañón con miel y coco y pasaos con azúcar negra. Por muchos años después se comentaba que el bautizo de la niña Panamá Sing había sido la fiesta más rumbosa que se había dado en la historia de Chumico.

Las beatas, finalmente hicieron las paces con Bernabela y la invitaron formalmente a hacerse socia de la cofradía de las Hijas de María.

—No puedo aceptar —les contestó amablemente— Estoy muy ocupada con la niña y la tienda. Les doy las gracias pero no puedo.

—Bueno hija, la esperaremos el tiempo que sea. Tenemos que unirnos en contra del pecado que está haciendo estragos en este pueblo. El padre Irigoyen tenía razón cuando afirmaba que el diablo anda suelto en Chumico.

—Ah sí, el padre Irigoyen. El no quería casarme con Ah Sing hasta que Don Manuel lo obligó. ¡Un señor muy agrio por cierto!

—Es que los santos son así; tienen que ser cautelosos— ardientemente lo defendía Doña Matilde.

—Yo he oído decir que lo expulsaron de San Miguel por querer abusar de una jovencita y se tuvo que marchar con la sotana entre las piernas huyendo de vuelta España —dijo maliciosamente una de las mujeres.

— ¡Calumnias, calumnias. . .!El padre Irigoyen es un santo— protestó indignada Matilde dirigiendo miradas aviesas a la que había abierto la boca para hablar en contra del cura.

- De todos modos les agradezco la invitación y cuando tenga más tiempo libre prometo unirme al grupo —interrumpió Bernabela conciliatoria.

—La esperaremos hija.

Se fueron, dejando a la negra con una sonrisa en los gruesos labios y a la hija chupando contenta de la enorme teta, para deleite y envidia de los parroquianos que se encontraban en la tienda. Las mujeres al salir se encontraron con la maestra que venía acompañada de su hijita a hacer unas compras. Esta las saludó fríamente y al llegar junto a Bernabela le preguntó:

— ¡Qué querían esas hipócritas? Cuando las veo a todas juntas cruzadas con su banda celeste y el paño en la cabeza me doy cuenta de que en algo andan. Se pasan el día hablando mal de todo el mundo y luego se dan golpes de pecho en la iglesia. No las soporto.

—Usted sabe cómo son Niña Carmen. Querían que me uniera a la cofradía pero y les dije que no tengo tiempo. Para serle franca, no me siento cómoda con esas señoras. Usted sabe las cosas que han dicho de mí y aunque soy una ignorante no por eso me duelen menos las calumnias que han inventado. No se altere usted por ellas Niña Carmen, no vale la pena.

Pero Carmen ya no aguantaba más, ni a las mujeres del pueblo, ni a Manuel. Desde el nacimiento del hijo, por razones que no acababa de entender, Manuel se pasaba más tiempo fuera de la casa y estaba segura de que era con Lastenia con quien se entretenía. Ella creyó que al tener el niño el marido volvería al redil como quien dice, pero cada día lo notaba más distanciado. No habían vuelto a compartir el lecho matrimonial desde el parto ocurrido hacía más de seis meses. Aún se sentía débil y se había negado a las demandas amorosas de Manuel. Después de todo lo pasado, ella tenía que cuidarse y no ansiaba someterse a ese martirio. Eso

del placer carnal no era cosa de mujeres decentes; a ella su madre le nabía enseñado a sofocar todo deseo pecaminoso con una oración y los deberes matrimoniales le desagradaban bastante. Ella no era como esa mujerzuela Lastenia, que paría hijos como una perra cada nueve meses. Claro que no faltaba quien trataba de contarle con lujo de detalles lo que Manuel hacía por los hijos que tenía con la otra y las horas que pasaba con ella. Pero se negaba a escuchar tales chismorreos. Eso no era propio de una dama de la familia Bermúdez. Recordaba a su gente con nostalgia teñida de tristeza. De vez en cuando recibía noticias de allá por misivas que le enviaba la tía Eugenia quien la mantenía al corriente de los pormenores de la vida de sus hermanas y los hijos que habían tenino don Francisco Biendicho había muerto el año anterior de un ataque de apoplejía que le dio después de perder una fuerte apuesta de juego. Porque hasta por eso le había dado: por el juego de cartas, despilfarrando los ahorros de Evarista que languidecía enferma de los huesos desde hacía tiempo.

" ¡Bien muerto está y que Dios me perdone! Ese hombre era un canalla— le escribió Eugenia— Ha dejado a tu madre casi en la ruina y menos mal que no logró vender la casa como intentaba cuando murió. Déjeme decirle hija que hasta llegó a pegarle a Evarista en medio de una de sus borracheras. ¡Qué en el infierno esté aunque me parece que Lucifer hace un mal negocio dejándolo entrar allí. . .! "—

Carmen le escribió a la madre una misiva de pésame al enterarse de la muerte de Don Francisco pero nunca obtuvo respuesta a su carta.

"Aún no puede perdonarte que te casaras con ese negro, ya sabes lo orgullosa que es Evarista pero algún día se le quitará el rencor. Si pudieras venir a verla a lo mejor cambia de opinión y te perdona" le contestó Eugenia.

Carmen comenzó a añorar su vida de soltera. Las clases de pintura que tanto había detestado le parecían ahora los mejores momentos de su juventud. Los años que pasó en la escuela de las Rubiano recuerdos teñidos de tristeza por las comodidades perdidas hacía tanto tiempo. Se sentía hastiada de la escuela de Chu-

mico; por mucho que se esforzaba, los alumnos aprendían poco. Con el menor pretexto dejaban de asistir a las clases para irse a pasear o simplemente a holgazanear en la playa. Otras veces los padres sacaban a los muchachos de la escuela porque los necesitaban para el trabajo en el sembrado o el mar.

—Este pueblo no tiene remedio— pensaba desalentada. Se va a quedar estancado para siempre.

Ahora que tenía cantina y casa de putas no se podía transitar por las estrechas calles sin tropezarse con algún borracho o una de esas mujerzuelas.

—Este no es lugar para criar a mis hijos. Voy a tener que buscar la manera de regresar a la capital. Ya le he enseñado a Carmen Eugenia todo lo que he podido pero le falta mucho.

Los únicos libros que tenía, eran los que había traído de la capital hacía tantos años cuando recién llegó al pueblo. Los tomos manoseados y releídos tantas veces estaban destartalados. Nunca había recriminado a Manuel por su conducta. Para qué? Una dama jamás debe rebajarse a discutir con el esposo asuntos de otras mujeres. Solo con la vieja Felicia había hablado de Lastenia. Meneando la cabeza la vieja le dijo:

—Los hombres son así, hija. Nunca están contentos con lo que tienen en el hogar.

—Pero si Juancho no es así— protestó Carmen.

—Ahora que está viejo se ha tranquilizado. Pero recién nos casamos, se enredó con una negra sanmigueleña que le parió dos hijos. Eso fue por el ochenta cuando vivíamos allá.

— ¡Y Usted qué hizo?— le preguntó Carmen asombrada.

—¿Yo? No hice nada. Aguantar y rezar. Esa es la mejor forma de sobrellevar estas pruebas que el señor pone en nuestro camino. Hay que resignarse.

Pero Carmen no se conformaba con la monotonía del pueblo y la soledad que comenzaba a ahogarla y acabó por convencerse de la necesidad que tenía de regresar a Panamá para que sus hijos tuvieran la oportunidad de educarse adecuadamente. Cada día se sentía más distanciada de Manuel pero no se atrevía a pedirle al marido que la dejara partir. Después de doce años de matrimonio, el abismo que se abría entre los dos era insondable.

Finalmente, en el año doce, cuando Manuel aceptó una invitación para asistir a la convención del Partido Liberal que iba a celebrarse en la ciudad de Aguadulce, Carmen le pidió que la dejara viajar a Panamá con los niños a visitar a Evarista que estaba muy enferma y deseaba conocer a los nietos antes de morir. Manuel accedió a llevarla a sabiendas de que Carmen jamás regresaría con él a Chumico.

XXXI

—Papá, no deje que la niña se bañe en el chorro. El agua está muy fría y puede resfriarse.—

—Sí, sí hija. No se preocupe que yo la cuidaré bien.—

—Carmencita no te olvides de ponerte las medias todos los días y no andes descalza por la playa que hay mucha concha y te puedes cortar los pies. Todas las tardes, ve a donde la tía Felicia, para que te haga los moños bien apretados no vaya a ser que te peguen los piojos los otros chiquillos.—

—Sí mamá, así lo haré.—

—Papá, no la deje sola en la playa. Allí hay muchos tiburones porque tiran tantos desperdicios en el mar. Me imagino que todo el pueblo limpia las bacinillas en la playa como hacían antes cuando sube la marea.— Ella lleva toda clase de conservas y

galletas para cuando se aburra del pescado. No la deje comer porquerías.–

–¿A qué porquerías se refiere usted Carmen Eugenia? –

–Usted sabe; iguana, loro y esas cosas que comen por allá.–

–Esas no son porquerías. Que a usted no le gusten es una cosa pero la carne de monte no es porquería.–

–Le puede hacer daño a mi hija. Ella no está costumbrada. se dirige a la niña que la mira con ojos felices. –Vete a tu cuarto y termina de hacer la maleta. Dile a Délida que te ayude.–

–Sí mamá, ya voy.– sale apresuradamente del cuarto contenta de haberse librado del sermoneo.

–Cuídela mucho papá. No quiero tener que arrepentirme de este viaje. Usted sabe que la dejo ir para que no vea morir a la abuelita.–

–Yo debía quedarme a acompañarla– dice en voz baja con lágrimas en los ojos.

–No sea ridículo papá. Sabe bien que mi madre no quiere saber de usted por todo lo que le ha hecho. Ella prefiere morirse sin tenerlo por delante.–

–Nos quisimos mucho al principio pero ella cambió tanto–... musitó el viejo.

– ¡Ay papá! no sea hipócrita. ¿Cómo quería que ella se aguantara a la Señora Lastenia y a las otras mujeres que ha tenido? Mi madre era de una familia importante y se sacrificó mucho casándose con usted. Es mejor que muera en paz sin tenerlo por delante para recordarle el pasado. Ella es una santa y le ha dedicado toda su vida a la iglesia y gracias a Dios pudo educar a mi hermano y a mí sin su ayuda.

–Yo nunca los abandoné económicamente Carmen Eugenia;

usted me ofende hija. Hubo muchas veces cuando tuve que ahorcarme la corbata y jondearme al fango para que a ustedes no les faltara nada aquí en Panamá. Sobre todo después de la guerra cuando los negocios se vinieron abajo.

--Usted no hubiera estado apretado económicamente si no hubiera tenido el montón de hijos por todas partes-- le contestó recriminosa.

--Puedo verla antes de irme? --

--Está bien papá, pero trate de no molestarle mucho.

Entró en la habitación de la enferma en puntillas para no hacer ruido. El aposento está casi a oscuras, iluminado únicamente por la luz vacilante de las velas que arden enfrente de una pequeña estatua del Corazón de Jesús, colocada sobre la cómoda. La reflexión del cristal le da a la escena un aspecto fantasmagórico.

--Carmen. . .Carmen ¿me escucha? -- le susurra junto al oído. La anciana abre los ojos tratando de ajustarse con dificultad a la penumbra.

--¿Carmen, me oye?-- insiste. ¿Cómo se siente? Es Manuel; he venido a visitarla.

--Manuel está en Chumico-- contesta la mujer con voz débil.

--No, no Carmen. Estoy aquí, a su lado-- le coge la mano con un gesto de ternura.

-- ¿ Manuel está aquí? pregunta la moribunda con voz de sorpresa. --Tenemos que rezar por él. ¡Pobre Manuel! que Dios lo perdone. Manuel es un gran pecador. Hay que rezar por la salvación de su alma.

--Hace días que no reconoce a nadie --musita Carmen Eugenia al oído del viejo. El Doctor dice que es cuestión de días porque tiene el corazón muy débil. De repente la anciana abre los ojos y fijándolos en Manuel que inclinado sobre la cama la contempla de cerca, le aprieta las manos febriles mientras repite:

– ¡Manuel! ¡Qué bueno que ya llegó ¿Cómo le fue en la guerra? Gracias a Dios que ha regresado sano y salvo. Vicente y Pastor, ¿ dónde están? ¡Qué contenta estoy de tenerlo a mi lado nuevamente! – Carmen Eugenia se inclina sobre ella acariciándole la frente.

–Tranquilícese mamá. Duérmase que todos estamos aquí.–

–Hija, cuida a tu padre. Yo lo perdoné hace tiempo: ahora le toca a usted. . . – la voz, esta vez, lúcida y serena.

Cierra los ojos y ya no vuelve a hablar más. Ha penetrado ese limbo que separa la vida de la muerte cuando ésta nos llega sin apuros. Manuel se enjuga las lágrimas que corren por su rostro tratando de dominar la emoción que lo embarga.

–Señora, ya llegaron las monjitas – anuncia la sirvienta entrando en la habitación.

- Hágalas pasar –dijo Carmen Eugenia mientras arregla con ternura las sábanas que cubren a la enferma. Manuel se estremece al ver a las monjas.

– ¿Qué vienen a hacer? – le pregunta a la hija.

–Son las monjitas de la Caridad que velan a los enfermos. Se quedan todas las noches cuidando a mamá y rezando.

A Manuel se le antoja que parecen gallotes esperando su presa.

El negro hábito sobre el rostro les da un aspecto macabro. Las dos mujeres se sientan en una esquina del cuarto y comienzan sus rezos con un tintineo de cuentas de rosario.

–Primer misterio doloroso. Jesús con la cruz a cuestas. Padre Nuestro. . .Dios te salve María. . .una y otra vez las voces monótonas en un sonsonete sin pausas.

– "¡Cómo debe aburrirse el Señor oyendo tanta repetición!

piensa Manuel. —"Si yo fuera él, no les prestaría oído por aburridas. .." En voz alta, tristemente le dice a la hija:

— ¿Y a ésto le llama usted morir en paz Carmen Eugenia?

XXXII

Manuel regresó a la ciudad de Panamá después de la convención liberal celebrada en Aguadulce totalmente desilusionado con la política. Se había opuesto, como muchos otros, a la candidatura del Doctor Belisario Porras para Presidente de la nueva República; en principio porque recordaba vivamente los sucesos ocurridos durante la guerra y sobre todo los días amargos después de la batalla del Puente de Calidonia en donde perdieron la vida tantos jóvenes. Estaba convencido de que todo aquello no habría ocurrido si la dirigencia liberal integrada por el Doctor Porras y el General Herrera se hubieran puesto de acuerdo. Fue el orgullo desmedido de ambos y sus eternas polémicas lo que había llevado a los revolucionarios al desastre del puente. Manuel y muchos como él no podían olvidar. Otra vez lloró la muerte del Coronel Díaz y vivió en carne propia todos aquellos terribles sucesos.

Sin embargo, el Doctor Porras tenía muchos fervientes seguidores y fue postulado como candidato único del partido

liberal venciendo por una mayoría abrumadora la candidatura del Doctor Pablo Arosemena. Fueron días muy difíciles para Manuel porque no podía ser partícipe del entusiasmo de los políticos; en aquel grupo él era uno más, insignificante pescador de Chumico. En Aguadulce encontró a varios compañeros de campaña y por primera vez se enteró de la muerte de Pastor, víctima del fuego de metralla durante la batalla del puente. No había muerto de inmediato; se lo habían llevado hasta Arraiján en donde expiró después por infección en las heridas. Fue una muerte lenta, pidiendo a gritos que le trajeran a su mujer y a sus hijos. Manuel juró no mezclarse nunca más en la política partidista que no acababa de entender. Se sentía agobiado nuevamente por la presencia de todos los muertos que le había tocado recoger y enterrar. Los ojos abiertos, mudos de espanto, lo perseguían en una pesadilla sin fin que se repetía noche tras noche. El olor a pólvora y sangre amanecía fresco en su memoria.

Regresó a la capital y la encontró muy cambiada. Una actividad febril animaba sus calles y parques llenos de extranjeros. La terminación de la construcción del canal por los americanos dominaba cada faceta de la vida en la ciudad Los negros antillanos, con su incomprensible jerga, lo llenaban de oscuro temor y cierto grado de rechazo por su servilismo. Por primera vez sintió en carne propia lo que era tener un prejuicio racial, perplejo trataba de analizar su sentimiento de disgusto contra los otros negros.

—Será porque hablan tan raro? se preguntaba. O porque huelen tan mal? —

Por mucho que trató no lograba entenderse con los extranjeros que trabajaban laboriosamente en la construcción del Canal. Manuel fue a ver las obras desde lejos y quedó impresionado por la magnitud de las excavaciones. Ya no se podía llegar hasta Arraiján a pie. Las aguas del Pacífico llegaban hasta Miraflores en donde cuadrillas de hombres construían las esclusas. A pesar de las fiebres y enfermedades que los asolaban, seguían adelante con una tenacidad que Manuel llegó a admirar.

Desde su regreso no había tratado de ponerse en contacto con Carmen ni sus hijos, que se habían trasladado a la casa de

calle Once en donde Evarista se moría lentamente de una afección de los huesos. Venciendo su orgullo, Manuel llegó nuevamente a la casa en donde tantos años antes se había enfrentado a la familia de Carmen. Eugenia salió a recibirlo a la puerta dando muestras de afección.

—Buenos días Manuel. ¡Qué placer me da su visita! Se ve usted muy bien.—

—Gracias Eugenia. Para mí es también un placer verla todavía tan joven—.

—Carmen y los niños están en misa pero deben llegar pronto. ¿Por qué no se sienta en el patio y los espera? Hace mucho calor y afuera sopla algo de brisa.

Se quitó el sombrero y la siguió hasta el patio en silencio. Se sentía incómodo en esa casa llena de recuerdos amargos para él y prefería salir de allí cuanto antes. Cuando Carmen entró casi no la reconoció; había cambiado mucho. Estaba vestida de gris, con un hábito de listado. El pelo amarrado detrás de la cabeza en un rodete severo le daba la cara un aspecto de vejez prematura. Se notaba pálida y desencajada. Los niños se precipitaron sobre él y alegres lo abrazaban disputándose sus atenciones. Carmen permanecía muy seria a la entrada del patio sin acercarse al marido.

—Vamos a desayunar niños— dijo Eugenia interrumpiendo la bienvenida. --Ya es tarde y deben tener fatiga.

—Venga con nosotros papá, le dijo la hija agarrándolo por el brazo. —

—No, no. Su papá tiene que conversar con su madre. Vamos, no sean imprudentes. — Eugenia los agarró por las manos firmemente y se los llevó a la cocina a pesar de sus protestas.

Se quedaron solos finalmente. Se miraban en silencio, ansiosamente como tratando de encontrar respuestas a preguntas que no se atrevían a formular. Carmen le extendió la mano en ademán amistoso como si fueran viejos conocidos. El se hizo el que no la

veía y hosco le preguntó:

— ¿Qué hace viviendo en esta casa? La dejé en casa de mi familia y usted se ha venido acá sin mi autorización. Usted bien sabe que aquí nos habían cerrado las puertas.

—Déjeme explicarle Manuel. Comprendo su enojo, pero nos mudamos porque mi madre nos mandó a buscar. Está muy enferma y la tía Eugenia está vieja y no puede cuidarla sola. Además, ella quería estar cerca de mis hijos. . .-

—He venido a informarle que vuelvo a Chumico en la mañana. Si quiere regresar conmigo la vendré a buscar temprano.

—No puedo irme ahora; mi madre me necesita. No puedo irme.—

Con gestos nerviosos se alisaba los cabellos. Una profunda tristeza la invadía. No quería regresar a esa vida de ausencias y desplantes, a esa vida de chismorreos de vecinas e interminables novenarios. Sus hijos necesitaban una buena escuela y en Chumico ya no quedaba qué hacer. ¡Cuán lejos le parecían aquellos días, años atrás, cuando lo había dejado todo por seguir a Manuel! ¡Y lo mal que le había pagado! ¡Castigo de Dios por desobedecer la voluntad materna!

El siguió insistiendo en sus derechos negándose tercamente a ver la realidad.

—¿Comprende la gravedad de sus acciones? Si no regresa conmigo ahora, quizás nunca más volvamos a juntarnos. Los niños son mis hijos y podría llevármelos.

—Usted no haría una cosa así. Contestó la mujer con temor mirándolo casi al borde de las lágrimas. ¡Por favor! Trate de comprenderme.

—Está bien, está bien; puede quedarse. Yo me encargaré de que no les falte nada a mis hijos. Pero recuerde que es usted la que ha escogido este camino.

Se fue dando un portazo sin despedirse y Carmen se derrumbó en una silla llorando desconsolada. Deseaba en el fondo que el marido no hubiera accedido a su petición y con promesas la hubiera obligado a regresar a Chumico. Pero Manuel no iba a cambiar nunca, ni la realidad de Lastenia y sus hijos iba a desaparecer. Eugenia acudió a consolarla pero Carmen quería estar sola. Después de catorce años de matrimonio era muy triste terminar así.

—Mamá qué le pasa? — Carmen Eugenia asustada la miraba llorar.

—Nada, no es nada hijita. Tengo una brusca en el ojo.—

Haciendo un esfuerzo se levantó dirigiéndose al cuarto de la enferma que con voz quejumbrosa la llamaba pidiendo ayuda.

Al día siguiente bajó al muelle del mercado a despedirse de Manuel que se embarcaba. Llevaba de la mano a los dos niños y un paquete de ropa para Felicia.

—Cuídese Manuel y regrese pronto. Abracen a su padre que ya es hora de partir.—

Manuel se despidió de ellos con la certeza de que nunca más volverían a vivir bajo el mismo techo. Marido y mujer se trataban con la fría cortesía empleada entre extraños. Ella evitaba mirarlo de frente y él se hacía el distraído tratando de disimular la emoción que lo embargaba. ¡Después de tantos años terminar así. . .! ¡Qué distinto había sido aquel primer viaje que hicieron juntos a Chumico cuando ella se había ido con él contra viento y marea! Ambos trataban de evocar los sentimientos de ternura que entonces los habían unido sin lograrlo. Por unos instantes él estuvo a punto de exigirle que volvieran juntos dándole toda clase de promesas y quizás hasta ofreciéndole esa fidelidad que

XXXIII

Llegaron temprano a la rampa del mercado. La marea cubría a medias la playa de lama. En un enorme basurero los gallinazos se disputaban los desperdicios del día anterior.

—Espérame aquí Carmencita. Tengo que ir a recoger unos encargos que me hizo la señora Lastenia. Regreso enseguida.— La niña asintió conforme. Curiosa, se entretenía con el bullicio de los vendedores que a gritos pregonaban sus mercancías. Le parecía extraordinaria la danza grotesca de los gallotes en su pelea por la carroña que les tiraban los matarifes.

Se embarcaron tarde, porque el viejo se demoró haciendo compras de última hora. El panguero los llevó hasta la balandra maldiciendo entre dientes; se había cubierto de lama mientras empujaba el bote. Sin hacer caso de sus quejas, don Manuel le daba a la nieta toda clase de explicaciones.

—Mire, allá se ven las torres de la Catedral. Ese edificio

blanco cerca del agua es la Presidencia de la República. Una vez entré allí a visitar al Presidente Porras: un gran amigo y un gran liberal.

—Por allá queda Bella Vista en donde nosotros vivimos, verdad abuelo? —

—Sí pero la casa no se divisa porque la cubren los árboles.—

El bamboleo de la panga remecida por las olas llenó de temor a la niña.

—Abuelito, aquí hay tiburones? —

—Sí Carmencita, pero no tengas miedo. Tiburcio es el mejor panguero de la bahía y nunca ha perdido un pasajero.

La subieron a la balandra sujeta por manos callosas de marineros que desde la borda la levantaron en vilo. El viejo trepó sin ayuda por la escalerilla de cuerda, con la agilidad de la costumbre. A Carmencita, el fuerte olor a brea y el vaivén de la balandra, le dieron algo de mareo al principio pero acabó por acostumbrarse y cuando alzaron vela se apoyó contenta en la barandilla de proa sin querer perder un solo momento de la aventura que estaba viviendo.

—Abuelo, qué están haciendo esos hombres? ¡Mire cómo los pájaros nos siguen! ¿ Usted cree que veremos algún tiburón? Hay un arco iris sobre el agua. ¡Qué hermoso! ¡Qué contenta estoy porque usted logró convencer a mi mamá para que me dejara venir.!

El viejo fumando su pipa, trataba de contestar el atropellado revuelo de preguntas y al mismo tiempo daba órdenes a los marineros ocupados en las maniobras de navegación. Fue un viaje inolvidable para los dos. De noche le iba enseñando a la nieta el nombre de cada estrella y llenó sus oídos con interminables historias de naufragios y leyendas del mar. Durmieron juntos sobre cubierta porque a Carmencita el olor a alquitrán de los camarotes

le molestaba ; juntos se arroparon en una manta para protegerse del viento noreste que bajaba frío.

Llegaron a Chumico en tres días. A la playa bajaron a recibirlos todos los nietos de Manuel, atraídos por las golosinas que el viejo siempre les traía. La niña no acababa de entender de dónde salían tantos parientes que no conocía pero se sentía orgullosa de ser el centro de atracción del grupo. Algunas señoras la abrazaron con cariño al darle la bienvenida.

—Mira, Felicia ¡ qué grande está la nieta de la Niña Carmen.—

— Carmencita, venga para que conozca a sus primos.—

—Manuel, me trajo las telas que le encargué? — La voz seca de la mujer que llegaba interrumpió el corrillo.

—Sí, Lastenia. Venga para presentarle a la nieta de Carmen. Los ojos negros la miraron por primera vez y la niña sintió los ribetes de hostilidad, pero sólo fue por unos instantes. Con curiosidad contempló a la vieja vestida de blanco con una pollera entretejida de encajes, el pelo recogido en un rodete y una flor roja detrás de la oreja enmarcando la cara de piel aún fresca. Se acercó a Carmencita y le plantó un beso en la frente.

—Bienvenida a Chumico niña — y agarrándola de la mano la llevó a la casona de mampostería, la única en el pueblo de dos pisos. Subieron directamente a un cuarto con puerta al amplio balcón que le daba vuelta a la casa. Era un cuarto grande con una hamaca colgada en el medio y una enorme cama en una esquina.

—Es la cama de su abuela — le anunció Lastenia.

—Abuelo, me da miedo dormir sola en este cuarto — le susurró la niña al viejo.

—No se procupe; una de las primas se quedará con usted todas las noches.—

Lastenia se encargó de sacar la ropa de las maletas y afanosa las fue guardando en un viejo estante que olía a alcanfor. Los otros chiquillos curiosos por conocer a la forastera se iban agrupando en la entrada de la habitación.

—Dejen de toquetear las cosas ajenas y arreglen el toldo que la niña está cansada y se acostará temprano. Vayan a bañarse que es tarde y vamos a comer pronto. —Rosa Elena, usted se quedará con Carmencita; dígale a su mamá para que le dé permiso.

—Sí abuelita, ya voy.

La chiquilla, casi de la misma edad que Carmencita, salió disparada del cuarto obediente a las órdenes de la vieja. Prendieron las lámparas de querosín porque la oscuridad iba envolviéndolos. Desde la quebrada les llegaba el parlotear de las ranas y el lúgubre chirrido de las aves nocturnas. La comida fue servida en la larga mesa de la cocina con don Manuel sentado a la cabecera.

—Bendice Señor estos alimentos que vamos a tomar. . - entonó entre solemne y distraído.

Sentó a Carmencita a su derecha, en el lugar reservado para la señora Lastenia. Ella, sin protestar, se colocó en el otro extremo de la mesa. Comieron en un silencio interrumpido solamente por las preguntas de la visitante.

—Abuelo, qué es esto? — curiosa examinaba la comida.

—Sopa de pescado, guiso de iguana y arroz con coco hija. Probó los alimentos con aprensión, pero encontró todo de buen sabor y acabó comiendo con apetito. Los ojos negros al otro extremo de la mesa no cesaban de examinarla. Se acostaron temprano. Carmencita entabló una conversación amistosa con la prima Rosa Elena que la acompañaba en la cama.

—Tú has oído hablar en Panamá de la Tulivieja y la Tepesa? dijo la prima.—

—Claro que sí, pero mi mamá dice que esos son sólo cuentos

inventados para asustar a los chiquillos mal portados.

— ¿Cuentos. . .? Te atreverías a ir sola a la quebrada ahora? Por allá amanecen las huellas en el fango de la orilla que deja la Tulivieja. ¿No la oyes llamando? —

Se oía un ruido estridente y lúgubre que desde la quebrada subía entrando por el balcón hasta colarse debajo del toldo en donde conversaban las dos chiquillas. Rosa Elena se cubrió la cabeza con la sábana, siendo imitada por Carmencita que a pesar de los ruidos extraños, acabó por rendirse al sueño que la dominaba.

XXXIV

—Aquí vivía Amelio Recuero, el brujo más poderoso que ha habido en este pueblo. Se murió hace más de cuarenta años pero muchos lo recuerdan aún.—

El viejo y la niña conversaban parados frente a la desvencijada choza destruida por los embates de los años y la inclemencia del tiempo. El sol resplandecía en un cielo sin nubes que pregonaba la entrada del mes de febrero. ¡Ay abuelo!—Yo creía que sólo existían las brujas. Usted no le tenía miedo al señor Amelio?—

—El era una buena persona hijita. Sólo usaba su poderosa magia para ayudar a la gente. Cuando se murió, dicen que tenía más de ciento veinte años de edad. Había llegado a Chumico cuando chiquillo procedente de Africa en un barco negrero. Yo me acuerdo de cómo curó a Doña Matilde González cuando fue herida por un soldado colombiano en los tiempos de la guerra de independencia. Sin tocarla, le disolvió la bala del hombro milagrosa-

mente y la señora se curó enseguida. Cada vez que llegaba alguien picado de culebra el viejo Recuero les sacaba el veneno. Tenía un gran poder sobre las fieras del monte. Las cosas que yo podría contarte de Amelio. . .!

—Cuénteme abuelo, siga usted.—

—Se murió solo en esta casa. Nos dimos cuenta días después porque nadie le había visto salir. Cuando logramos tumbar la puerta lo encontramos muerto en su hamaca custodiado por más de veinte culebras que silbaban furiosas cada vez que intentábamos acercarnos al cadáver. Tuve que ir a buscar mi escopeta y matarlas una a una. ¡Fue algo terrible. ..! Lo enterramos así mismo, envuelto en su hamaca y rodeado de sus animales. Nadie ha entrado en esta casa desde entonces. Dicen que su fantasma todavía anda rondando por aquí de noche pero a mí no me consta porque nunca lo he visto. —

—Ay abuelo. .! Vámonos rápido de aquí antes de que nos pase algo.—

—Amelio era una buena persona; yo no le tendría miedo si nos sale. — Siguieron caminando subiendo con dificultad la empinada loma del cementerio hasta llegar a la cima. El viejo jadeante de cansancio, se apoyaba en la niña que con cierta preocupación miraba las tumbas con sus cruces de piedra sepultadas por la maleza que crecía por doquier. A lo lejos, el azul del mar se confundía en el horizonte con el brillante sol del mediodía.

—Este lugar no me gusta abuelo. —

—¿Por qué hija? No hay que temerle a los muertos. Son los vivos los que hacen daño con su maldad. Los muertos sólo piden descanso y la compasión de Dios.—

Dejaron atrás el camposanto y en silencio bajaron la loma rumbo al pueblo.

—Abuelito, me puedo bañar en el mar cuando lleguemos?

Tengo mucho calor.

—Sí, está bien, pero no puedes ir sola; una de las primas te acompañará.

—El viejo absorto en sus pensamientos seguía caminando. ¡ Amelio Recuero ! ¡Qué de recuerdos le traía el nombre del brujo! ¿Sería verdad que el viejo tenía más de cien años cuando murió? Había pasado tanto tiempo de eso que su memoria no podía evocar las facciones de Amelio. Se sintió invadido por una nostalgia impregnada de ternura sin saber a ciencia cierta porqué.

—En esa época vivía en el pueblo un chino llamado Ah Sing. La señora Bernabela, la dueña de la tienda, estuvo casada con él — (ahora pensaba en voz alta— Un buen día cogió la hija única que tuvieron y se fue a la China. Después nos contaron que Ah Sing murió en el viaje y lo enterraron en alta mar. ¿Enterraron? Creo que no se dice así cuando lo echan a uno al agua. La hija vive allá con unos parientes. ¡Qué cosas tiene la vida.!a Una chumiqueña viviendo en la China. Parece imposible pero así sucedió! ¡ Pobre Bernabela! Nunca se recuperó de la pérdida de su única hija. Es como si se hubiera muerto; sólo recibe vagas noticias de ella de vez en cuando. ¡Tan bella que era la Señora Bernabela cuando estaba joven! y ahora se ha convertido en una vieja avara y malgeniosa. ¡Cómo cambia la gente ante la infelicidad!

—Abuelito, y por qué se fue el chino con la hija de la Señora Bernabela?

—No sé hija; los chinos son así de raros a veces. Nadie sabe el porqué.—

— " ¡Viejo mentiroso — pensó. —Tú bien sabes de quién fue la culpa de la tragedia. Tú mismo tentaste a la pobre mujer con piropos y halagos hasta acabar por seducirla. Tú que te empecinaste en poseer el hermoso cuerpo de tu comadre a quien veías cada día más deseable, como una rosa sin deshojar. . .¿No es eso lo que solías decir cuando te reías con tus amigotes y veías pasar a la negra cargando agua? No comentaban con risotadas que el chino estaba demasiado viejo para semejante hembra? ¿No te acuerdas

cómo comenzaste a asediarla con tu labia fácil haciéndote el interesante asegurándote siempre de que el chino no estuviera cerca? ¿ Cómo es que lo decías ? ¡Ah. . .sí! ¿ Ya recuerdas?

—Comadre, qué día tan hermoso hace hoy en su honor! ¿Se ha asomado usted?— Y ella se defendía como podía.

—No don Manuel. He estado muy ocupada desde que abrimos esta mañana.—

—Salga usted de ese encierro detrás del mostrador. Puede hacerle daño no ver la luz del día. Se le pueden arrugar los ojos tan grandes y hermosos.—

—Ay Don Manuel! ¡ Qué cosas dice usted!—

—Comadre, por qué no viene conmigo a dar un paseo por la playa? Joná puede cuidar de la tienda solo. —

—Gracias don Manuel pero no puedo salir ahora. A lo mejor a la niña le da por llorar y no quiero dejarla sola.—

"Y así días tras día, fuiste venciendo su resistencia hasta que te la llevaste aquella noche cuando Ah Sing se había embarcado hacia la capital. Con el pretexto de un paseo por la playa llegaste con ella hasta Punta Pericos el lugar predilecto para tus fechorías y, allí, la tiraste sobre la arena húmeda de cara a las estrellas y cabalgaste su cuerpo mirándote en el reflejo de esos ojos repletos de luna. Después, ya no tuviste paz ni sosiego. Seguiste detrás de ella como perro tras la hembra en celo, hasta que todo el pueblo se enteró del asunto y cuando el chino regresó no tardaron en contarle la verdad esas almas caritativas que tanto se preocupan por el prójimo. Y llegó la noche en que la negra te vino a buscar para contarte espantada que Ah Sing se iba llevándose a la hija y tú, cobarde, trataste de calmarla prometiéndole ayuda en la mañana, la cual llegó demasiado tarde porque ya se habían marchado del pueblo y así perdiste el amor para siempre. ¡Viejo hipócrita. . .! Bien que sabes la causa de la soledad de Bernabela y de su vejez sin consuelo ! ¡Tú que oliste todos sus perfumes y besaste todos sus secretos.

Con un suspiro el viejo siguió caminando cuesta abajo llevando de la mano a la niña que, divertida por el paisaje, no se había dado cuenta del silencio angustioso de su compañero.